

¡Viva México!

Antonio Orozco

Lic. en Creación Literaria UACM y profesor en APAC IAC

Sobre la cama, un pantalón vaquero, una camisa a cuadros, un sombrero texano y botas.

Emiliano sale del baño a su habitación envuelto en vapor, cubriendo su desnudez con una toalla en la cintura y, con otra más corta, secándose la cabeza. En su recámara no hay nadie, sólo él. Su esposa anda por las otras habitaciones de la casa apresurando a los niños: pronto han de irse y éstos aún siguen pensando qué van a ponerse para la cena. A lo lejos se oyen los gritos de la mujer regañando a sus dos hijos, por lo que Emiliano pone un poco de música para no escucharla. Si fuera cualquier otro día, la música en el cuarto sería de Bears Den, Siamés o Tom Walker, pero es 15 de septiembre y la habitación se llena únicamente con José Alfredo.

El vapor ya no rodea el cuerpo del hombre, sólo la toalla lo cubre todavía. Pasa frente al espejo de cuerpo completo y sonrío gustoso de mirar lo que ve, aún más orgulloso de su bigote: es tan negro como el carbón y tan espeso como el petróleo. Se pasa los dedos por el mostacho y se acaricia el resto de su barba; con toda la intención se la dejó crecer para esta fecha. Se mira a los ojos y, en el reflejo, ve la ropa en su cama; decide apurarse antes de que su esposa entre a regañarlo a él también. Mientras José Alfredo canta *El Jinete*, a Emiliano le da *sed de la mala*, sonrío ante esa y otras ideas, pero continúa vistiéndose. Se detiene de nuevo frente al espejo y se engomina el bigote; ha tardado más en peinarlo que en vestirse y, una vez que está satisfecho con el estilo de su vello facial, busca su corbatín. Con dinero o sin dinero se mira como rey y se corona con el sombrero texano. Se observa por tercera vez y se agarra la entrepierna, abultando su bragueta; se toma un par de fotos con el celular, presumiendo su hombría. Piensa en enviarlas por mensaje y lo hace.

Cómo me veo??
Te gusta??

Me encanta...

Ahora ven y hazme un hijo con
eso que tienes entre las manos.

En un ratito llego y te lo hago.

Emiliano sonríe ante la excitaci3n que ha generado y más se endurece su erecci3n. Se da un último vistazo, se gui a el ojo a sí mismo, apaga la música y sale de la habitaci3n justo en el momento en que su esposa iba a buscarlo.

— Qu  guapo te ves! —dice su mujer ligeramente excitada al observarlos. Si no fuera porque ya se les hizo un poco tarde le pediría que la acompañara a la recámara, aunque sea por unos quince o veinte minutos.

—Gracias —contesta Emiliano sin mirar a su esposa. Pasa de largo frente a ella, ni siquiera nota que su señora también se ve hermosa con ese vestido de manta color negro, con un sinfín de bordados de hilo de oro sobre el busto y las mangas. Llega a la sala y ve a sus hijos mirando la televisi3n—.  Nos vamos?

Los cuatro salen para subirse a la camioneta y parten rumbo a casa de la abuela de su esposa. Durante el trayecto, la mujer mira la galanura de su marido: la camisa de cuadros se ciñe a él como segunda piel, al igual que el pantal3n vaquero resalta su virilidad y ese bigote lo hace ver tan varonil que ella suda sin control, y él, nada más mira el camino; s3lo en un semáforo en rojo, Emiliano voltea a verla y le sonríe sin decirle nada. Ella, por respeto a sus hijos, no le cuenta que la temperatura de su cuerpo comienza a sofocarla y él parece no darse por enterado. Como sea, son los últimos en llegar, pese a que de todos los que van a la cena de la noche mexicana, son los que viven más cerca de la casa de la abuela. La suegra de Emiliano se percata de que por fin han llegado y sale a recibirlos, contenta de ver que toda su familia se ha reunido; se siente aliviada: ya pueden servir el pozole y cenar todos juntos.

Los niños de Emiliano entran a la casa corriendo, ven a sus primos y se olvidan de saludar. El hombre ve el patio adornado con banderas y banderines, campanas, escudos nacionales, además de un charro y una china poblana de cart3n. Camina hacia las mesas y, en el centro de cada uno de los tabloncillos, encuentra una canasta con dulces t picos: cocadas, palanquetas, alegrías y más. Emiliano saluda y saluda; hay tanta gente que piensa que nunca terminar , cuando en realidad

hay poco más de tres decenas de personas. Su mujer lo alcanza, lo hace agarrarla de la mano y juntos terminan de saludar a los presentes: todos familiares de ella.

—Buenas noches...

—Buenas noches.

Ignacio, su compadre y primo de su esposa, se levanta de su lugar para saludarlo; comía una alegría y se sacude, quitándose las boronas de encima. Emiliano suelta la mano de su mujer para saludar al compadre y ambos se abrazan, se dan fuertes palmadas como si sus espaldas fueran una tambora que va de fiesta de pueblo en pueblo.

—Compadre, bienvenido —saluda Ignacio mirándolo a los ojos. Después del abrazo aún siguen con las manos estrechadas.

—Buenas noches, compadre —dice la esposa de Ignacio y tiende la mano hacia Emiliano, que la estrecha en la suya y le da un beso en la mejilla; con su barba roza ligeramente el cachete de la comadre y ésta se ríe—. Me haces cosquillas...

—Lo siento —Emiliano mira a su comadre; repara en su ropa; a diferencia de su esposa, no viene vestida de manta o algo que haga alusión al día. Por el contrario, trae puesto un vestido de noche, uno que sería más apropiado para una fiesta de salón que para una noche mexicana en el patio de la casa de la abuela. Aun así, Emiliano la mira—. Te queda bien ese vestido...

—Oh gracias...

La esposa de Emiliano lo escucha decir un cumplido que para ella no dijo. Se siente incómoda y se atraviesa para saludar a la esposa de su primo, interrumpiendo la posibilidad de cualquier otro elogio.

—Buenas noches —dice y carraspea, escondiendo su molestia.

Al final de los saludos, Emiliano toma asiento con Ignacio a la derecha y su esposa a la izquierda; viendo que su comadre le ha quedado un poco lejos, al otro lado del primo de su mujer. Emiliano respira con fuerza, disfrazando un suspiro: tiene al objeto de su tentación tan cerca y tan lejos que debe guardar la compostura; empieza a sudar de las manos y de su entrepierna también.

La casa de la abuela se llena de barullo, del ruido de los niños corriendo, las conversaciones aquí y allá, el olor de la cena, los condimentos en las mesas, la frescura del agua, las burbujas de los refrescos; pero, en especial, de las canciones de Pedro Infante, Chava Flores y Javier Solís, entre muchos otros.

—¿Cómo han estado? —pregunta Emiliano a su compadre.

—Bien, bien. Gracias —contesta Ignacio.

Por un momento, ambos hombres se quedan callados; parece que las palabras se les acaban y nada más miran a sus hijos jugar entre sí. La esposa de Emiliano ve a su mamá servir, plato por plato, el pozole. A regañadientes, se levanta y convence a su comadre de hacer lo mismo; no quiere dejar a su esposo solo con ella y ambas mujeres se acercan para ayudar. Los hombres las ven levantarse y las dejan ir sin preguntarles a dónde van. Gracias a ellas y a otras mujeres en la casa, los platos de pozole llegan de la olla a la mesa, y al ambiente de la casa se le suma el olor del orégano, los rábanos, las salsas, el pollo o el puerco en el caldo. Entre las especias y los granos, la crema se unta en las tostadas, se acompaña de queso y comienza el crujir de éstas a lo largo de la mesa. La cena ha comenzado.

Los familiares reunidos en la casa de la abuela ven este 15 de septiembre muy diferente a otros. Es el primer grito que dará el autoproclamado *Esperanza de México*, y eso emociona a la mayoría de los presentes. Hay algunos detractores, como Emiliano, pero por hoy prefiere llevar la fiesta en paz; se limita a comer pozole, llenándose el alma con el olor y los sabores, comiendo tostadas con limón y sal, y, de vez en cuando, cambia el agua de jamaica por tequila con refresco de toronja. Ignacio trajo un tequila Sauza para todos que, mayormente, sólo beben los compadres. No hay una gran conversación entre ellos y llenan los vacíos de silencio con tragos. Ambos hombres van en el segundo plato de pozole y la botella ya va a la mitad. Le están entrando con ganas, como si se estuvieran dando valor.

Emiliano termina de cenar y repite. Se siente llenísimo, ha comido más pozole del que debía, pero es que estaba muy rico y no pudo resistirse. Trata de pasárselo con un trago de tequila con refresco, lo bebe de un jalón hasta acabárselo. Ignacio mira el vaso vacío y sin preguntarle le sirve más.

—Gracias —dice Emiliano ante la atención. Ignacio agarra el vaso, Emiliano corresponde con el suyo, los chocan entre ellos para brindar sin pronunciar algún motivo.

—Salud...

—¡Salud!

—¿Y para mí no hay? —pregunta la comadre sintiéndose excluida del brindis, levantando su vaso carente de tequila.

—Claro que sí, comadre —Emiliano estira el brazo, atravesándose frente a Ignacio, agarra el vaso, sirve y se lo regresa. Mira a la izquierda y ve a su esposa—. ¿Te sirvo?

—Pero agua...

Emiliano ve la jarra vacía y sin ningún problema se levanta para llenarla. Va hasta la cocina, atravesando medio patio, sorteando a los niños que juegan. Regresa y sirve el vaso de su mujer. Está por volver a tomar su lugar y se distrae observando dos cosas: su reloj, anunciando la proximidad del *grito*, y la botella de tequila casi vacía.

—Ahorita vengo —dice para su esposa y sus compadres, con una ligera sonrisa escondida en los labios que sólo uno de los tres alcanza a ver—. Voy a comprar otro tequila. No me tardo...

El hombre camina a toda prisa por el patio y llega hasta la puerta principal. No escucha cómo su esposa se ofrece a acompañarlo ni cuando su suegro sale de la sala, avisándole a los presentes que la transmisión oficial del *grito* está por iniciar. Tampoco ve cómo las mesas del patio se vacían para llenar los sillones de la sala y algunas sillas del comedor; todos frente al televisor. Ni se da cuenta de que los invitados a la casa de la abuela han esperado por doce años para ver a su Peje en Palacio Nacional y que ahora se sienten orgullosos de verlo al fin.

A toda prisa, Emiliano se sube a la camioneta y se echa varios metros en reversa. Apaga el motor y espera por unos minutos, mirando en la dirección de donde salió. Con los dedos juega sobre el volante hasta que ve a alguien salir de la casa de la abuela. La silueta en la calle mira en todas direcciones buscándolo, él le hace señas con las luces, indicándole dónde está; quien acaba de salir se echa a correr, deseando que nadie más salga de la casa. Llega hasta la camioneta y se sube. Mira a Emiliano y se muere por darle un beso. Él también, pero ambos esperan hasta alejarse del lugar.

—¿Nadie te vio salir? —pregunta Emiliano.

—No.

—¿Ni mi esposa?

—Nadie.

Las calles huelen a pólvora y el humo de cuetes quemados se esparce por las mismas como si fuera neblina. Emiliano mantiene las ventanillas arriba para que el olor y el humo no se cuelen. Avanza por las calles vacías, mirando, de vez en vez, a su acompañante. Se muerde

los labios aguantándose las ganas de un beso, se conforma con saber que ahora están solos y, en unos minutos, más cómodos.

—¿Vamos para tu casa? —pregunta.

—Sí. Ahorita no hay nadie —responde Emiliano con tranquilidad—. ¿O prefieres que busque un hotel?

—Me gustaría, pero perderíamos tiempo. Todavía debes comprar la otra botella de tequila...

—Ésa ya la traigo, está escondida en la cajuela.

Emiliano sabe que su casa está sola; no obstante, lo tranquiliza abrir la puerta y escucharla silenciosa, verla con todas las luces apagadas. Toma la mano de su acompañante y, en penumbras, atraviesan la casa hasta llegar a la recámara principal. Entran y, aún en la oscuridad, comienzan los besos, las caricias, los murmullos. Se deja llevar cuando un par de manos acarician su espalda desnuda y unos labios se lo comen a besos. Esas manos que hace unos instantes mimaron su espalda, ahora rozan su pecho, jugando con el vello de su tórax, bajando por su abdomen, hasta toparse con el pantalón. Las manos siguen su descenso, encontrándose con la erección de Emiliano a punto de desgarrar la bragueta. Esas manos ya son expertas en bajar el cierre de cualquiera de sus pantalones y, en el acto, hacen notar su experiencia. Su miembro sale del pantalón para toparse de frente con la cálida humedad de una boca que, hace poco, se lo comía a besos.

Está mojado, no sólo por la humedad de la boca que se *come* su virilidad, sino por los fluidos de su excitación. Gime y pide más, se estremece al sentir cómo la lengua frota todo el cuerpo de su pene. Grita de placer cuando esa misma lengua se pasea haciendo remolinos por el frenillo, masajeando por igual toda la corona del glande. Emiliano cree que está por *venirse* y prende la luz de su habitación para distraerse; se excita aún más al ver en el espejo cómo le hacen sexo oral. Si hace unas horas le gustó lo que vio en el reflejo, ahora se siente más hombre al mirar su cuerpo retorcerse de placer. Gracias al espejo, ve la cama y decide que es momento de continuar la acción en ella. Sin más, se deshacen de la ropa y se acomodan sobre el colchón de tal forma que el espejo en la recámara reflejará todo lo que suceda en la cama.

—Tómanos una foto así.

—¿Qué? —dice Emiliano, colocándose atrás.

—Tómanos una foto así. Si vestido te veías guapísimo, así te ves más, mi *caballerango*.

—Creí que no te había gustado. Ahorita que llegué no me dijiste nada —reclama Emiliano.

—Soy yo quien debería reclamarte. En vez de decirme si te gustaba cómo me veía yo, elogiaste a mi vieja.

Emiliano escucha el reproche y no pide disculpas por ello; se le ha hecho un hábito galantear con su comadre para no levantar sospechas. Desde hace un tiempo que se dio cuenta que su esposa le tiene cierta envidia a la mujer de su compadre y, por lo mismo, ni enterada de su doble vida, aunque Ignacio se ponga celoso de los halagos hacia su mujer. Ambos hombres se miran por el espejo, sabiendo que ésta no es ni la primera ni la última vez que es testigo de la intimidad entre ellos. Si éste hablara, quién sabe si les diría que ellos, en otra vida, fueron hombres que andaban a caballo y con pistola al cinto, uno vestido de caporal, presumiendo orgulloso, desde entonces, su abundante bigote y el otro, con un traje de tres piezas, un reloj de bolsillo y un cayado de empuñadura de plata en mano.

Ignacio bien podría seguir con su reclamo pero Emiliano decide callarlo, colocando su pene erecto en el ano de su compadre. Lentamente empieza a penetrar e Ignacio aprieta entre los puños las sábanas de la cama. Bien podrían usar alguna especie de lubricante para sus momentos de pasión, pero al compadre le excita sentir el miembro de Emiliano abriéndolo de nalgas, sin mencionar que a este último también lo pone muy caliente oír los pujidos de Ignacio al irlo aguantando dentro. El compadre deja caer su rostro y parte del pecho sobre la cama, levantando más las nalgas. Emiliano se monta sobre él, embistiendo entre la humedad del sudor de su cuerpo desnudo y gemidos suaves. Y mientras todo un país entero repite a grandes voces, desde sus casas o en el zócalo, la exclamación del presidente de interminables silencios, Emiliano, *viniéndose* en las entrañas de Ignacio, grita: ¡Viva México!



Después de la cuarentena, Alexis Gútel.